

Comoción Estudiantil

REFORMA UNIVERSITARIA DE 1918 EN CORDOBA

Por César GODOY URRUTIA

Casi al término de la Primera Guerra Mundial se desató en América Latina un poderoso movimiento universitario que tuvo su origen en el viejo centro de educación superior de la ciudad de Córdoba, Argentina.

Exactamente, el 21 de junio de 1918, los estudiantes de Córdoba se tomaron la Universidad colonial y dirigieron un histórico Manifiesto a los "hombres libres de América", dando un vistazo a los sucesos de su tiempo y llamándolos a asumir la responsabilidad de encarar la transformación profunda de las viejas Universidades tradicionalistas.

El año de fundación de las Universidades en las colonias de España da medida de su carácter y naturaleza: Santo Domingo, 1538; México, 1551; San Marcos de Lima, 1551; Córdoba, 1621; Javierana de Bogotá, 1622; Charcas, 1624; Caracas, 1721; La Habana, 1728; Buenos Aires, 1821.

Las Universidades argentinas merecieron la preocupación crítica de pensadores y políticos. Para el Prof. Florentino V. Sanguinetti, "la nobleza agropecuaria, desalojada un tanto del control económico, primero y del político, después, terminó refugiándose en las Universidades, convertidas en órgano de casta"; para el doctor Juan B. Justo, líder del Partido Socialista, "la vieja política argentina en materia de Universidades, no es sino uno de los aspectos de la vieja política oligárquica"; para el Prof. Ernesto Nelson, "lejos de ser el instrumento unificador de la sociedad, es en realidad el factor seleccionador de las clases sociales". Todo esto hacia el término de la década del 20.

En estas condiciones se explica la rebelión universitaria de Córdoba y el eco y proyección que alcanzó en toda América Latina: México, Cuba, Uruguay, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela, con Juan Vicente Gómez en la montura, estaba de espaldas a todas las inquietudes políticas,

ideológicas y educacionales. Más tarde alargó el paso y se puso al día.

El pedagogo y político guatemalteco, doctor Juan José Arévalo, que a través de los años había de incorporarse como alumno a la más nueva y moderna de las Universidades argentinas: la de La Plata, con categoría nacional, fundada en 1905, en su libro *La Argentina que yo viví*, analiza el "grito de Córdoba de 1918": "Es la contribución argentina más gloriosa para la cultura... fue la quiebra para un sistema que venía operando desde Europa, desde la Europa medioeval. El saber, enclaustrado, saber de minorías; la ciencia escondida en las gavetas y en los sótanos; los títulos, privilegio de oligarcas; el estudiante, un embudo o un papagayo; el profesor, un declamador o un farsante; la Universidad, un feudo blindado; la cátedra, una dádiva; el libro, texto indescifrable. El mundo necesitaba un estallido hacia la liberación de la cultura, para la instauración del nuevo orden universitario, hasta facilitar la expansión de la ciencia y de sus productos. Los jóvenes argentinos de Córdoba fueron el instrumento elegido por la conciencia humana al realizar la hazaña".

Fundamentalmente, ¿qué proponían en el Manifiesto del 21 de junio de 1918 —hace sesenta años!— los jóvenes universitarios de Córdoba monacal? Todo un plan que para esa época podría considerarse revolucionario en el proceso de democratización y autonomía de las Universidades: Asistencia libre a las clases; cátedras paralelas para que se pudiera optar libremente entre dos maestros de una misma materia; presencia, con derecho a voz, de dos delegados estudiantiles al Consejo de cada Facultad; multiplicación de los períodos de examen; participación de los estudiantes en la elección de las autoridades superiores de las altas casas de estudio.

Apenas unos cuantos meses después de iniciado este movimiento cristalizaron mu-

chas de sus reivindicaciones. Uno de los méritos principales fue el nacimiento de las Federaciones de Estudiantes Universitarios que levantaron las banderas de los grandes problemas contemporáneos y le inyectaron carácter social a la función educativa, buscando la alianza de los obreros para darle contenido e impulso a ese movimiento masivo de trascendental renovación.

No puede negarse la concepción idealista de muchos de los postulados y el error de creer que sólo renovando la educación iba a renovarse la sociedad. El mismo error de los pedagogos del siglo anterior.

Además, los estudiantes atribuían importancia extraordinaria a los Maestros, cayendo en el culto a la personalidad. "Salíamos a las calles buscando un conductor —llegaron a reconocer— y nos encontramos con una clase nueva, el proletariado industrial y grandes problemas reivindicativos de un mundo que venía saliendo de la catástrofe, pero que a la vez acababa de encender una estrella: la revolución socialista".

Han pasado sesenta años del grito de Córdoba que en México acaso encontró más resonancia que en otras partes, gracias, también a la ayuda que le dispensó Vasconcelos. En 1921 se realiza en México el Primer Congreso Internacional de Estudiantes.

La suerte de este movimiento, promovido desde Córdoba, fue muy variada, pero nadie puede desconocer que fue como un inmenso revulsivo que conmovió grandes estamentos humanos y puso al orden del día las cuestiones educacionales. La generación universitaria del 18, dejó un sedimento crítico y constructivo que tiene todos los atributos para seguir examinándolo. Forma parte de una buena experiencia que no debe dejarse morir sin pena ni gloria.

Pedro Henríquez Ureña, humanista dominicano tan querido por los mexicanos, que contribuyó al desarrollo cultural, acuñó esta sentencia, confirmada por el proceso del 18: "No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular".